

Estampas de la historia popular de Palaú: *Martinita*

■ ■ Amador Peña Chávez*

Después de enterrar a su hija Martinita, don Lorenzo Becerra, en unos tendedores del patio de su casa, se puso a vender las pertenencias de esta singular dama: vestidos, manteles, cortinas, adornos y todo lo que por muchos años ella había guardado con celo para usarlos cuando llegara Everardo. Al preguntarle la gente si no tenía escrúpulos por la venta, les respondía despreocupado:

—¡Bah! Está “güena” la ropa y a alguien le puede servir, además no se murió porque estuviera enferma, murió nomás porque se quiso morir.

Martinita era una señorita grande, como decían en Palaú a las solteronas entradas en edad, no sé cuántos años podría haber tenido la que guardo en mis recuerdos, la visión infantil nos traiciona y nos hace ver las cosas o muy grandes o muy viejas.

Lo cierto es que Martinita era de estatura mediana, no muy gorda pero sí llenita, con más apariencia de señorita grande que de muchacha, de rostro arrugado que disimulaba arreglándose y cubriéndose de polvo y de pintura, lo más sobresaliente era que usaba ropa muy pasada de moda, vestidos oscuros y largos con holanes cubriéndole desde el cuello hasta la pantorrilla, con el pelo juntado en dos grandes trenzas o peinado hacia atrás y sostenido por grandes peinetas. Cuando terminaba de bañarse, le gustaba colgarse collares, arracadas muy vistosas, brazaletes ostentosos y anillos deslumbrantes en sus dedos.

Tenía gran preferencia por las macetas, en su cuidado llenaba su tiempo; cultivaba en botes geranios,

amores y teresitas, con las que inundaba el patiecito que estaba entre su cuarto de madera y la tienda.

Le ayudaba a su padre don Lorenzo Becerra, un señor muy parecido al Indio Fernández, aunque un poco más grueso que éste, vestido invariablemente de pechera o pantalón de tirantes; don Lorenzo era un poco descuidado con su persona, tal vez por ser un viudo viejo. Siempre soñé con entrar detrás del mostrador a recoger las monedas que caían, mismas que él, tal vez por algún impedimento de la columna, nunca levantaba, éstas se iban enterrando en el piso de tierra y lo que iba cayendo arriba de ellas, pasillo que siempre tenía tapizado de veintes, dieces blancos, tostones, josefitas y pesetas; su tienda era una especie de miscelánea, pero su especialidad eran los dulces de leche y los cubiertos de calabaza. En su tienda siempre había un cazo en la lumbre con caldo de piloncillo y camotes o calabaza hirviendo.

Don Lorenzo tenía también una carrucha de dos ruedas impulsada por él, que utilizaba para vender afuera del cine o en los bailes, dulces, cigarros, cacahuets, rebanadas de fruta y otros artículos de mucha venta en esos eventos.

Martinita era muy sensible. Cuando le ayudaba a menear los cazos de cubiertos y dulces de leche, me platicaba de muchas cosas, a mí me parecía una niña, inocente e ingenua, sobre todo cuando se hacía caireles; me parecía un personaje de un cuento victoriano.

Yo le hacía los mandados y fui de los pocos de confianza que pudo entrar a su cuarto en vida, era de madera y techo de lámina de dos aguas con una pequeña ventana delicadamente adornada con bordadas cortinas y altivos maceteros, su alta cama de fundas almidonadas, sus almohadones de seda, su ropero, con santos en las paredes, rosarios, joyas colgadas y un baúl o castaña antigua con “garigoleado” herraje que a veces abría cautelosa, como si me mostrara el más rico tesoro.

* Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista *Crónicas del Camino Real* del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado.

Me enseñaba las fotografías de sus recuerdos, personas abigarradas y con trajes de remotísima época de sus abuelos, padres y hermanos, la de Pablo me parecía de Al Capone, con traje de corte inglés, leontina y sombrero armoniosamente combinado; su acta de matrimonio con Everardo y muchas, muchas cartas que guardaba con un celopreciado.

–Estos aretes fueron de mi madre y le prometí que me los pondría el día que me casara, y los usé en mi boda con Lalo, luego los guardé cuando se fue. Mira, éstos son unos pañuelos de seda que guardo para Everardo –y pronunciaba su nombre como si fuera música del cielo–tienen sus iniciales. ¿Sabes cómo las puse? pues con un aguacate y una aguja los fui marcando a base de puntillos... Estos manteles, son finísimos, estas sobrecamas y estas fundas, las guardo para Lalo, me prometió ponerme casa cuando volviera.

La boda de Martinita con Everardo fue para nosotros todo un acontecimiento, se arregló convenientemente el patio que daba con la parte trasera de la tienda de don Lorenzo, adornado con carrizos y papel cortado de china, con grandes tiras de colores y en el centro un confidente de esos “Malinche” que se usaban entonces, y frente a él, una mesita con un mantel tejido en cruz para el libro del juez y la firma de las actas.

Martinita lucía como nunca, con un vestido blanco de tafeta cubierta por otra de almidonado tul, lucía vaporosa con listones del mismo color del vestido. No recuerdo cómo era el tal Everardo, ni cómo iba vestido, me imagino que con traje, como el mismo don Lorenzo y los hermanos de Martinita.

Esa noche tocó la orquesta de la Misión Cultural, popularmente conocida con el eufónico nombre de Orquesta Camay y como platillo sirvieron cortadillo de puerco con chile colorado y sopa de arroz; a los niños y damas nos dieron como bebida un rico compuesto de chocolate, nada inusual en aquella época. Esa noche Martinita se veía tan feliz como ya nunca la volvimos a ver.

Pero volviendo a donde estábamos, luego, con parsimonia y un cuidadoso esmero, sacaba su gran diario, era un libro de cuentas donde pegaba algunos textos impresos, era muy dada a leer los periódicos viejos con los que envolvía en la tienda, cuando encontraba algún poema lo recortaba

cuidadosamente y lo guardaba, era para ella un tesoro, algunos se los aprendía de memoria, mientras los reacomodaba en ocasiones me leía algunos. – Mira éste– me decía, refiriéndose a Metamorfosis de Luis G. Urbina, mientras respiraba muy hondo antes de leerlo:

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía,
la palidez de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en agonía
y sucedió que un día
aquella mano suave
de palidez de cirio
de languidez de lirio,
de palpitar de ave,
se acercó tanto a la prisión del beso
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó, mas con voluble giro,
voló la mano hasta el confín lejano
y aquel beso que volaba tras la mano
rompiendo el aire, se volvió suspiro.*

–Mira este otro, por cierto, Nublos de Fernando Celada continuaba con un júbilo estremecedor:

*Ausencia quiere decir olvido,
decir tinieblas, decir jamás.
Las aves pueden volver al nido,
pero las almas que se han querido,
cuando se alejan no vuelven más.
¿No te lo dice la luz que expira?
¡Sombra es la ausencia, desolación!
Si tantos sueños fueron mentira,
¿por qué se queja cuando suspira
tan hondamente mi corazón?
¡Nuestro destino fue despiadado!
La ausencia quiere decir nublado.
¡No hay peor infierno que haberse amado
para ya nunca volverse a ver!
¡Qué lejos se hallan tu alma y la mía!
La ausencia quiere decir capuz;
la ausencia es noche, noche sombría.
¿En qué ofendimos al cielo un día
que así nos niega su tibia luz?
Nuestras dos almas, paloma y nido,
calor y arrullo, no vuelven más
a la ventana del bien perdido.
¡La ausencia quiere decir olvido,
decir tinieblas... Decir jamás!*

*Inclusión del autor para recrear el momento.

Luego me hacía repetir a dúo con ella:

*Ausencia quiere decir olvido,
decir tinieblas, decir jamás.
Las aves pueden volver al nido,
pero las almas que se han querido,
cuando se alejan no vuelven más.*

Cuando vendieron sus cosas, lo que no se pudo vender se tiró a la basura, me supongo que ahí debió ir su colección de poemas. ¿A quién le pudo interesar un diario con recortes de periódicos pegados con engrudo?

Tendido en la esquina de su cuarto había una cuerda sostenida con unos clavos que servía de closet, y en él, ropa, faldones, blusas, chales y todo “para cuando venga Lalo...”. Everardo era un sinvergüenza y vividor, trabajaba en la mina y sabrá Dios si había sido casado; quiso la suerte que fuera uno de los despedidos, junto con otros muchos; el pleito de su terminación duró mucho tiempo, éste vio en Martinita su puerta de escape. “¿Me caso con ella?”, tal vez se preguntó; “le quito su lana y me pelo”, como lo hizo cuando apenas se había casado con ella, corrió con tal suerte que el sindicato logró que los terminaran e indemnizaran con una fuerte suma, le quitó a Martinita lo que pudo y se fue, engañándola con el pretexto de que iba a ver a ciertas personas para que le arreglaran en México su situación; el ingrato cargó con lo que pudo y un día partió.

—Pronto vendré y te pondré casa aparte, Martha— como él le decía y ella se encantaba al oír eso.

El tal Lalo nunca volvió, pero Martinita nunca dejó de esperarlo. Los años, la soledad y no sé cuántas cosas, pronto llenaron la cabeza de Martinita de extraños sueños, pues todas las tardes se arreglaba y se sentaba en una silla en el claro del portón de la tienda de don Lorenzo, mirando hacia la plaza, pues esperaba que de un momento a otro el tal Everardo regresara.

*Amor mío, te esperaré
mientras no muera.
Alargaré mi agonía
consagrándome al motivo
sólo de mi sola espera.
Así lo haré, tarde, noche, día*

*siempre por los siempres
con el anhelo furtivo
de que tienes que volver,
ven pronto, aún es tiempo
ahora que todavía
el olvido no ha apagado
aquel amor encendido,
avivar puedes el fuego;
no demos por concluido
lo que aún no ha terminado.
No todo está perdido
pero ven, después quien sabe
la suerte que nos depare
esta vida triste y corta.
si no has de venir ¡qué importa,
si mientras viva te aguarde!
Prefiero que nunca vuelvas
a que vuelvas ya muy tarde.**

Y así, tarde tras tarde, Martinita se arreglaba, polveaba, poniéndose sus más vistosas joyas, brazaletes y enormes y coloridas arracadas, haciendo juego con sus vestidos anticuados, pero limpios, esperaba a su Lalo con un ramo de flores en especial de geranios y su libro de poemas.

*¿Por qué no regresaste Lalo, por qué dejaste tu
promesa convertida en silencio y en ausencia?
¿Qué te hubiera costado volver, aunque fuera
una tarde, en el tren de las cinco o el autobús
de la seis?
¿Cuántas cosas te hubieran dicho la calle
solitaria y el rojo atardecer?
Los geranios, rebosantes de flores, te hubieran
platicado de la infinidad de esperas y de tantas
plegarias elevadas a Dios para que tú volvieras.
Una puerta, una rosa y una mirada perdida
celebraron la liturgia de la soledad.
¿Qué te costaba Everardo, regresar una tarde,
un ratito al menos que expiara tus culpas
y justificara el paso del tren de las cinco o el
autobús de las seis?**

Lalo nunca llegó, Martinita enfermó, dicen que de la azúcar que para los Becerra fue su mayor verdugo, pero yo me imagino que de amor. Don Lorenzo siempre dijo: “no se murió de enfermedad alguna, se murió porque ella quiso morirse”.

*Inclusión del autor para recrear el momento

Me encontraba con ella en su pequeño cuarto de madera, la miré pálida, más vieja que siempre.

–Hijo –me indicó con voz apagada– fijate por los rieles a ver si viene Lalo en el tren de las cinco.
–No Martinita, no viene nadie, le contesté, y al poco rato:

–Ya está por llegar el camión de las seis, asómate si viene Lalo, porque de seguro va a llegar.

Eso ya me lo había preguntado muchas veces, así es que me asomé nada más a la puerta y regresé de inmediato.

Me miró con una mirada de susto como si adivinara lo que sí estaba por llegar, apretó las blancas sábanas de su cama con las manos huesudas y exhaló su último aliento, por mi corta edad yo no imaginé que era la muerte la que había llegado en el camión de las seis y no Everardo.

Al ver que no me respondía, me acerqué a su lecho, sólo había fijado su vista y la había dejado ahí, en el pequeño retrato de su boda que tenía sobre el modesto buró, al no responderme ni moverse, por su rigidez entendí que algo grave le había pasado, corrí por doña María Cantú, ya que su patio colindaba con la propiedad de don Lorenzo, llegó de inmediato y la revisó, una vez hecho esto, me dijo que me fuera a mi casa.

Abandoné el lugar con un gran dolor en el pecho. Después supe que murió Martinita, el resto, ya se los conté.

Ya nadie se acuerda de Martinita y de su gran amor, Everardo fue un truhán un sinvergüenza, pero ella, como Margarita, al amar a Fausto, lo dignificó y lo llevó hasta los cielos, fue el motor de su vida, la inquietud de su ser y la tierna razón de esperar, mientras llegaba la más fiel de sus promesas, la más cumplida y puntual, la muerte.

Si alguna vez encuentro su tumba me gustaría escribir este texto como epitafio:

*Si alguna vez volvieras
amor mío y yo ya no estuviera,
porque repose entonces solitaria
en el jardín de cruces y cipreses,
escucharás aún el eco
de mis suspiros y plegarias
y la puerta-calvario
donde esperé tantas veces.
No me culpes a mí de no esperarte
es tan corta la vida,
una chispa de tiempo
que se apaga en un instante.
Te juro que nacería de nuevo
para verte un momento.
Si alguna vez volvieras
y ya no me encontraras,
culpa de eso a la muerte:
me morí de esperarte.*